

# Tarde de Domingo

Juan José Cabedo Torres

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Algunas tardes de domingo avanzan hacia el horizonte desleídas en la luz presentida del ocaso y se posan delicadamente sobre la tierra como un polvo rojizo que acaba por difuminar el límite de los objetos. Diríase, en un tono poético, que las tardes de domingo desvanecen las cosas en el perfil acuoso del viento, o, en un tono más serio, que la muerte se entretiene los domingos depositando en lo cotidiano la brumosa oquedad de lo eterno. Las tardes de domingo se reconocen con facilidad porque los rayos del sol, más oblicuos e indolentes que un jueves, por ejemplo, amarillean en exceso las fachadas, prolongando hasta la hipérbola las sombras de las antenas con un brillo velado que sólo se reconoce en los sueños. En la sobremesa de los domingos las conversaciones languidecen entre vapores de vino dulce y bocaditos de nata, mientras los relojes, todos los relojes, resbalan de las paredes y yacen en los rincones como un buruño olvidado.

*¿Qué te cuentas?*

*¿Cómo marcha la tienda?*

*¿Conseguiste que te recibiera?*

En las tardes de domingo la ciudad, surgida de las profundidades como un hongo instantáneo de hormigón, cristal y hierro, seeste. Para colmo de males los domingos por la tarde una brisa caliente parece brotar del asfalto. Es una brisa que se despereza en las plazas, que tuerce en los callejones, que avanza por los bulevares y barre, domingo a domingo, las excrecencias de las vidas no vividas y los jirones de los sueños. La brisa entretiene la tarde jugando con las escamas que se desprenden de las almas, y cuando llega el ocaso las incrusta en las bisagras, en los intersticios de las vidrieras o bajo los quicios desportillados de las puertas.

Las tardes de domingo remansan el tiempo sin dulzura, sin piedad, sin concesiones. Quizás por eso desde el principio del tiempo el domingo por la tarde es el momento que eligió el Diablo para asomarse al mundo y acariciar con esmero las cicatrices de su corteza. Aquella tarde, la tarde en que comienza esta historia, el Diablo hurgaba en los Cárpatos con la uña curvada del meñique mientras su garganta enrojecida murmuraba un canto que recordaba la salmodia nasal de las beatas. El susurro se alejó rebotando en las montañas y el Diablo suspiró con violencia:

–¡Por el amor de Dios, qué coñazo!,– exclamó, y su aliento sulfúreo incendió unas cuantas hectáreas de tundra.

El Diablo, por razón de su cargo, procuraba siempre aparecer ante los hombres activo y ocupado, pero la verdad es que se aburría terriblemente por dentro. Era el suyo un tedio absoluto, brutal, geológico. Ya no recordaba en qué glaciación había perdido el placer de jugar con los instintos torcidos de los humanos. Ya no encontraba ninguna resistencia, ninguna lucha, ningún aliciente, ya no le estimulaba atrapar por la cola las obsesiones que nadaban en las mentes primitivas de los hombres como peces asustados.

El Diablo escrutó la vasta extensión de tundra y pensó con nostalgia en el principio del universo, cuando él y Dios todavía formaban equipo, un equipo realmente compenetrado. Su parte del trabajo consistía en extraer de los hombres el holograma de los deseos insatisfechos y la de Dios castigar a los que se empeñaban en nadar a contravida. Él era el Mal, candente como el magma que vomitan las entrañas de la tierra, y Dios la Justicia, nítida y pura como un amanecer

en el archipiélago. Fueron maravillosos esos tiempos, tiempos de guerreros, de héroes bíblicos, de hombres que escalaban montañas y naufragaban en mares tempestuosos, que atravesaban desiertos interminables en busca de la Tierra Prometida. El brusco regreso al presente le entristeció sobremanera. La tristeza es el precio del recuerdo. Actualmente apenas se incendiaban ciudades, por muy disipados que fueran sus habitantes y el papeleo para castigar la curiosidad de un impaciente transformándolo en estatua de sal era tan abrumador que arrebataba al más bragado de los demonios. Es cierto que Dios se había rendido desde que descubrió que el amor a los hombres era su propio infierno, pero él no podía, no debía dejarse atrapar por el desánimo. Era difícil, pero había que resistir. Para colmo un poeta francés, ¿cómo se llamaba? había elevado el Mal a categoría estética. ¡Qué atrevimiento! El Diablo rechazaba vehementemente que un esqueleto, un tumor o una pústula pudieran ser tan bellos como la *Venus del Nilo*.

El Diablo no se resignaba, así que pensó en salpicar el mundo con un poco de perversidad arbitraria. *Antes me divertía*, se dijo. *Solía estimularme la perplejidad de los humanos que levantan los ojos al cielo y claman: ¿Por qué me has elegido a mí? Podías haber jodido a mi cuñado.*

Pero esta tarde de domingo hacer el mal sin sentido tampoco atajaba el aburrimiento. La crueldad gratuita le parecía infantil a estas alturas, pretenciosa, inútil. Lucifer, el portador de la luz, estaba profunda y definitivamente deprimido.

El Diablo suspiró de nuevo y el aire incandescente espirado por las monstruosas cavernas de sus pulmones comprimió las capas más altas de la atmósfera sobre el desierto de Australia. Sin embargo, en virtud del misterioso efecto mariposa, fueron medio millar de hectáreas de bosque canadiense las que se abrasaron sin remedio.

El Diablo, encaramado en una nube negra, levantó los cuernecillos hacia el cielo y escrutó el azul de la bóveda con ojos de poeta. Una vez más sus pupilas amarillas irradiaron una mirada que reclamaba ansiosamente respuestas.

No había respuestas, sólo silencio.

–¡Sólo yo me ocupo ahora de los hombres!, –dijo al fin, y el grito desesperado retumbó en los espacios infinitos. El Diablo abatió la cerviz sobre la tierra, abocinó las manos y bramó:

–¡Dios os ha abandonado!

Cuando se disipó el eco, sólo quedó en la tersura azul del cielo el rumor de algunos rezos que ascendían al cielo como diminutas burbujas de incienso.

*Tú sabes que yo soy bueno.*

*Que me concedan el crédito.*

*Me portaré mejor, lo prometo.*

*Los demás son malvados y me hacen la vida imposible.*

*¿Nunca tendré el Mercedes Benz?*

*¿Por qué no puedo ser feliz?*

*Quítame la compulsión por el chocolate.*

*Castiga a los que me molestan.*

*Tú sabes que ese trabajo era para mí.*

*Ayúdame a odiar a mis enemigos.*

El Diablo se acodó en la nube y bostezó. La lengua de fuego acarició el Sur de Anatolia y un viento perezoso y triste esparció en el mar las cenizas del incendio.

El Diablo decidió hacer un último intento. Al fin y al cabo era su trabajo. Se envolvió con gesto torero en un par de negros nubarrones y deshiloó su materia celeste en una lluvia fina, un orballo que empapa el mástil de los almiarés y en las ciudades ennegrece los viejos escudos de los palacios.

Ya cerca del suelo el Diablo adoptó el estado gaseoso para confundirse más fácilmente con la niebla de Noviembre. El Diablo, que poseía un acendrado sentido de la estética, siempre se asombraba de la destreza con que la bruma se enreda en los olmos como un anillo ingrátido.



*La quiebra de un ilimitado universo virtual.*

Al ser pronunciada en voz alta la frase sonó a ondulación sin contenido. Las palabras eran una muda de serpiente incapaz capaz de deslizarse sobre la superficie irregular de las escalas.

*La quiebra de un ilimitado universo virtual.*

¿Qué diablos querían decir las palabras escritas a lápiz junto a la clave de la partitura? *Se referirán al piano*, pensó la mujer. *Eso es, apliquemos la lógica.* El universo de un piano es realmente abarcable, por lo limitado: cuarenta y dos teclas, siete tonos y cinco semitonos expandiéndose a derecha e izquierda.

El Diablo abandonó su brumosa condición y se posó sobre el piano en forma de sapito de porcelana. Respetuoso siempre con el arte, esperó hasta que la mujer concluyó la pieza y se deshicieron en el aire las vibraciones de la última frase. Entonces saltó al hombro de la mujer, que sintió en la clavícula un cálido escalofrío. Un saltito más y alcanzó el oído. Estaba oscuro y estrecho. Cuando alcanzó el interior del cráneo, buscó una circunvolución cerebral confortable. Esta vez quería escuchar cómodamente los pensamientos de su víctima.

*hay quien está peor que tú, quien no tiene nada, pero tú tienes una casa, acuérdate de lo que te dijo la psicóloga, botella medio llena, botella medio vacía, céntrese usted en lo que posee, no piense en lo que le falta, vamos a ver, Carmen, inventario, tienes un buen pasar, dos hijos, concéntrate en los positivos, tienes un marido con posibles, el sueño de cualquier mujer, si no fuera porque a veces bebe un poco más de lo debido sería perfecto, es cierto que se irrita, pero es que trabaja muy duro el pobrecito, para traer dinero a casa, yo podría trabajar, para algo estudié Magisterio, en realidad Luis no me lo prohibió, más bien es que a mí lo que me gusta de verdad es la casa, yo no soy como esas chicas de hoy en día, que están deseando salir a trabajar, total para darle el sueldo a la asistenta, que a saber lo que hacen en la oficina, todo el día rodeadas de hombres, luego se quejan del acoso sexual, pero algunas es que van provocando con esas cosas tan ceñidas y esas faldas que*

*parecen cinturones, no es por desmerecer a nadie, pero yo tengo mi vida junto a Luis, mi vida es Luis y cuidar de los niños, qué madre desnaturalizada sería si saliera a las siete de la mañana abandonándolos a su suerte, quién bañaría a mis hijos, quién les prepararía la ropa, quién les haría las tostadas, con mantequilla para Laura, con aceite y sal para Luisito, que ya está hecho un hombre, quién les pondría colonia, quién les besaría en la verja del colegio, ya les da un poco de vergüenza, tan mayores, pero para mí siguen siendo pequeñitos, no es por nada, pero mis hijos van como un pincel, menuda diferencia con los que llevan las cuidadoras, todas extranjeras, luego se extrañan de que los niños hablen en colombiano, o en cubano, qué horror, a mí eso no me va a pasar,...*

Los dedos trastabillaron tres o cuatro notas falsas y la mujer acercó los ojos a la partitura para estudiar el pasaje más despacio. El grabado de la pared reproducía un hombre sentado frente a una mesa con la cabeza recostada sobre el brazo doblado. Junto al codo, un tintero y el papel emborronado. Debía haber trabajado toda la noche, *quizás componiendo una sonata*, pensó la mujer. De la cabeza brotaba, como una prolongación del cabello, un torbellino de aves nocturnas. El cristal devolvió a la sala la silueta traslúcida de una cara. Una lúnula violácea subrayaba el ojo izquierdo y le daba al rostro un lejano aire de mapache. La mujer se preguntó quién era ésa que la observaba desde el cuadro. El durmiente del grabado movió la cabeza y musitó unas palabras. La mujer sólo distinguió una frase: «No fue culpa mía». El hombre siguió durmiendo. Instintivamente la mujer se acarició el borde amoratado con la punta de los dedos.

*tengo que ponerme un poco de maquillaje antes de salir a la calle, luego las vecinas murmuran, claro, como carecen de vida propia se dedican a cotillear la de los demás, no voy a decirles que me golpeé con una puerta, ya sólo faltaba eso, andar dando explicaciones, pero es la verdad, iba despistada con la ropa de la plancha y al girarme, plaf, en todo el ojo, me pondré maquillaje y unas gafas negras, aunque no cuele, desde el día que vino la policía las vecinas me vigilan, qué vergüenza pasé, ya lo decía mi madre, que en paz descanse, cría mala fama y échate a morir, no sé quién llamó a la patrulla, seguro que la del tercero C, en cuanto lo sepa de cierto voy y le canto las cuarenta, pues buena soy yo, es verdad que hubo golpes y alguna palabra más alta que otra, pero no era para tanto, en todos lados cuecen habas, señor agente, no pasa nada, que los niños están muy revueltos, debe de ser la primavera, la gente se imagina lo que no es, pero es lo que dice su hermana, es su carácter, que es muy fuerte, está acostumbrado a tener a muchos hombres a su cargo y cuando llega a casa no desconecta, además casi siempre tiene razón, la sopa está fría, yo no me arreglo lo suficiente, soy muy aburrida en la cama, el otro día, pobrecito, fue a ponerse una camisa y tenía una manga arrugada, pero Luis, en el fondo, no es malo, aunque a veces se enfada y parezca que pierde los papeles, lo que pasa es que tiene mucha personalidad, siempre la ha tenido, es lo primero que me atrajo de él, se enfada y le sale el pronto, pero yo ya he aprendido a llevarlo, mano izquierda con los hombres, mano izquierda, me decía mi madre, que en paz descanse, también ella bregó lo suyo con papá, pero esta vez es cierto que me golpeé el ojo con la puerta, voy acelerada y no me fijo, soy muy despistada, camino sin mirar,*

*Luis siempre me lo dice, no miro y me tropiezo con las cosas, es cierto que él me empuja de vez en cuando, pero lo hace sin mala intención, sólo cuando la comida me sale salada, o sosa, o se me olvida que es jueves y toca paella, pero él no es malo, soy yo, que no me acuerdo de coserle la cremallera, o le chamusco el chándal, es normal que se enfade y que a veces se le vaya la mano, yo tengo la culpa, no me extraña que se haya marchado dando un portazo, menos mal que los niños están este fin de semana con mi madre, la verdad es que me lo merezco, ahora mismo estoy aquí tocando el piano y las camas sin hacer, soy un desastre*

El durmiente del cuadro levantó la cabeza y sonrió con los ojos. Inmediatamente el torbellino de aves nocturnas se detuvo y empezó a girar en sentido contrario. El Diablo se escurrió pasito a pasito por el oído izquierdo. Aquí no hay nada que hacer. La mujer siguió un rato tejiendo y destejiendo su círculo infernal con las ideas que brotaban como destellos de su mente turbulenta. El Diablo se encaramó a la ventana y observó a su víctima con tristeza, casi con ternura. *Sería un acto piedad arrancarle la venda de los ojos, pensó antes de salir de la estancia, pero lo mío es ser cruel, no piadoso. Si la gente se sigue castigando de esta forma, dentro de nada estaré definitivamente sin trabajo,* susurró antes de desplegar las alas y desdibujarse en los labios del crepúsculo.

*Juan José Cabedo Torres*